
LA RESPONSABILIDAD POLÍTICA DEL TRABAJO SOCIAL

POLITICAL RESPONSABILITY OF SOCIAL WORK

Teresa Zamanillo Peral

Maribel Martín Estalayo

TRABAJO SOCIAL GLOBAL 2011, 2 (3) 97- 115

<http://tsghipatiaeditorial.com/>

El propósito de este artículo es tratar de recuperar un diálogo crítico entre la política y el trabajo social. En él se argumenta que la política es una dimensión de la identidad del trabajo social de la que no podemos sustraernos. De ahí que la política y el trabajo social estén doblemente ligados porque, por un lado, el ejercicio del poder político corresponde a todo ciudadano en el cuidado de la polis. Y, por otro lado, el trabajo social está estrechamente vinculado a la política social por medio de su objeto de estudio. Para construir nuestros argumentos partimos de un diagnóstico de la realidad social y profesional que se sostiene en determinados supuestos que configuran esta relación específica. Pretendemos con todo ello aportar elementos de análisis que ayuden, no sólo a comprender, sino a contribuir con nuestras respuestas, información y participación, a la política, tanto como profesionales del trabajo social como por ser ciudadanos de la sociedad civil.

The intention of this article is to try to recover a critical dialog between the politics and the social work. In this paper it argued that the politics is a dimension of the identity of the social work of which we cannot avoid. In this way, the politics and the social work, are doubly tied. On the one hand, the political power exercise corresponds to every citizen of the polis. And, on the other hand, the social work is narrowly tied to the social politics by means of its object of study. Our arguments it's construct from a diagnosis of the social reality and professional that is held in this specific relationship. We claim to contribute with elements of analyses that help, not only to understand, but also answering politically as professionals of the social work and as citizen in the society.

PC.- Dimensión política, trabajo social, identidad profesional, emancipación

KW.- Political dimension, social work, professional identity, emancipation.

Introducción

En este artículo se va a tratar de motivar a las y los trabajadores sociales hacia la necesidad de recuperar la responsabilidad política del trabajo social. De acuerdo con este propósito, el trabajo ha sido construido sobre unas presunciones que se fundamentan en los muchos años de ejercicio profesional en el campo del trabajo social, la experiencia docente con alumnos y profesionales y la de investigación-acción-participante entre las y los trabajadores sociales españoles. Lo hemos dividido en tres apartados que conforman un todo en cuanto a las ideas y el análisis que pretendemos transmitir.

En primer lugar, vamos a esbozar algunos trazos que nos darán unas representaciones del contexto político en el que nos movemos actualmente para, a continuación, aproximarnos al concepto de poder en Foucault. Queremos destacar la importancia que tiene el poder para el trabajo social, la urgencia de analizar sus componentes y sus formas de relación, toda vez que se trata de un examen pendiente en nuestra disciplina. En el tercer apartado nos adentramos someramente en el mundo de la globalización con el objeto de extender la mirada del trabajo social más allá del escenario concreto en el que se trabaja. Por último, hacemos unas breves reflexiones sobre la importancia del trabajo social comunitario.

Es nuestro deseo transmitir a los lectores que lo que aquí sucede tiene su origen en el mundo de las relaciones del capital, mundo que produce y reproduce constantemente las condiciones en las que se crean los graves problemas a los que nos vemos cada vez más enfrentados como ciudadanos y como profesionales: la desigualdad, la exclusión y la desafiliación. En estas reflexiones queremos transmitir también la necesidad de ampliar el espacio de intervención a los grupos y a las comunidades con el fin de encontrar el puente que une la ciudadanía activa y la profesión. Finalizamos con unas reflexiones que, a propósito, son breves, para dejar a los lectores con la necesidad de elaborar las suyas propias como resultado del diálogo que se haya establecido a lo largo del camino recorrido en la lectura del artículo.

1. Aproximación a un diagnóstico del proceso político

La necesidad de recuperar la responsabilidad política del trabajo social no es una cuestión banal puesto que, como decíamos en el resumen, atañe de lleno a la identidad de la dis-

ciplina. Así pues, en primer lugar vamos a esbozar algunos trazos que nos darán unas breves ideas del contexto político en el que nos movemos actualmente.

Se ha dicho reiteradamente que en España existe una constante desafección hacia la política desde hace al menos dos décadas. Sin pretender situar los orígenes con exactitud, puesto que este alejamiento se debe a muchos factores, de alguna forma podemos destacar, entre otros, su coincidencia con los primeros pasos del Estado de Bienestar, la retirada de los líderes políticos locales que fueron llamados a diversos puestos de poder y el proceso creciente de individualización de los países democráticos desarrollados, con la consecuente delegación de poder en las urnas.

Sin embargo, este panorama puede no ser del todo cierto o puede estar cambiando hoy. Esto es lo que se deduce del análisis de José Luis de Zárraga en un reciente artículo en *El Público* sobre las encuestas realizadas por el periódico acerca de la intención de voto. El sociólogo viene a decir que no existe tal despolitización sino una falta de credibilidad en los referentes políticos: "... lo que prueban estas encuestas es que la gente se posiciona en términos político-ideológicos hoy bastante más que hace cuatro años. La tesis de la despolitización confunde las cosas: una cosa es el fuerte rechazo de las políticas de los partidos que se disputan el Gobierno y de las alternativas políticas que ofrecen -que parece haber crecido mucho en estos años- y otra, la despolitización en el sentido de abandono de posiciones ideológicas respecto a la cosa pública". Esto supone para el autor que la población está ahora más politizada como respuesta a las circunstancias creadas por la crisis, bien sea tomando posiciones conservadoras o progresistas. Por ello, no se puede confundir, dice Zárraga, rechazo o desánimo con despolitización. Las recientes movilizaciones vienen a sostener empíricamente estas hipótesis de Zárraga. Si ahora seguimos atentos a los movimientos ciudadanos que están surgiendo en casi toda la geografía del país bajo la denominación de "Democracia real ya" quizás podamos recuperar la esperanza. Así no seguiremos cayendo en el prejuicio tan frecuente que descalifica especialmente a los jóvenes y que no nos ayuda nada a que se sientan integrados para construir entre todas/os una sociedad perfectible. Sabemos ya de sobra que la construcción de la realidad, es decir, la representación que nos hagamos de ella influye directamente en el modo de organizarla e intervenir en ella. Es así como teoría y práctica encuentran su punto de unión.

Sin embargo, nada de esto es fácil en el contexto en que vivimos. Una de las grandes dificultades se encuentra en el espacio formativo en el que trabajamos. La segmentación del conocimiento, la especialización, ha multiplicado el pensamiento crítico en mil campos diferentes: género, familia, poder, identidades dominadas, historia, sexualidad, etcétera. Lo que antes unía hoy desune. Ejemplo de esto lo encontramos en el análisis que hace Pierre Rimbert en el número 184 de febrero 2011 de *Le Monde Diplomatique*. Ha quince años, narra, que Pierre Bourdieu, en una manifestación contra el Plan de reforma de la Seguridad Social y de las jubilaciones de Alain Juppé, se dirigió a los ferroviarios diciéndoles que estaba con ellos para expresar su apoyo a las luchas y reivindicaciones “contra la destrucción de una civilización asociada a la existencia del servicio público”. La escena fue insólita justamente por aunar a los asalariados y a los intelectuales. ¿Es posible hoy una escena semejante se pregunta el periodista? La respuesta es rotunda: “Por un lado el pensamiento crítico se hace más agudo y se multiplica; por otro, ese pensamiento se especializa y se alinea con las normas vigentes”. ¿Qué quiere decir esto? Por un lado, la Universidad deja de ser universal en la especialización de mil objetos de estudio. Se pierde la crítica global. Por otro lado, el conciliar ciencia y compromiso político se hace cada vez más difícil por las exigencias de las normas vigentes que tratan de dirigir al estudiante hacia la “objetividad científica”. En esta misma línea, la discordancia entre las expectativas generadas durante la formación universitaria y las opciones del mercado de trabajo que realmente se les ofrecen pueden llevar a muchos al desencanto y a la resignación, mientras que a otros les pueden conducir a la rebeldía.

Dicho todo esto, y refiriéndonos en concreto al trabajo social, hemos de convenir en que no es posible mantenerse en el alejamiento de la política. Vivimos todas y todos inmersos y envueltos por las decisiones políticas y con nuestra información contribuimos a hacer canalizar o derivar, la mayor parte de las veces en pequeños escenarios o microcosmos, determinadas disposiciones o medidas de políticas sociales. Por ello nos preocupa la creencia en la posible neutralidad política. Pero todavía nos preocupa más aquella posición que se piensa a sí misma como crítica pero que se ha instalado en la queja desde hace muchos años no aportando al campo de la disciplina más que eso: la queja. Nos inquieta porque muchos de los profesionales del trabajo social viven una profunda desazón desde hace mucho tiempo que está menoscabando progresivamente su identidad. La queja de los profesionales, producto, por un lado, de lo anteriormente dicho, la burocratización de su papel, más la progresiva he-

gemonía neoliberal que sustrae sus posibilidades de protección hacia las capas más vulnerables de la población, les provoca un sentimiento de inutilidad e impotencia. Las ilusiones de transformación estructural del movimiento latinoamericano de la reconceptualización en trabajo social ha tiempo que quedaron enterradas. Este tipo de profesionales son empáticos, saben recoger el sentimiento de desprotección creciente de la población pero se sienten impotentes y entran en la queja como forma pasiva de adaptación individual; es la conformidad en el más puro significado de Merton, conformidad que cumple con la función social de adaptación puesto que, de lo contrario, “no podría conservarse la estabilidad y continuidad de la sociedad”; ni tampoco, podemos añadir, podrían mantenerse en sus puestos de trabajo,. Se trata de creencias que conforman una ideología que, junto con la concepción de un trabajo social que pretende ser neutral, objetivo y técnico, son las formas más habituales de "estar"¹ en la profesión.

Esta actitud de conformidad no está reñida con los lamentos que frecuentemente se oyen sobre el “desmantelamiento del Estado de Bienestar”. Lamento y pasividad es una dinámica que se conjuga perfectamente porque así se siente de alguna manera que “algo se está haciendo”: la crítica. Pero es una crítica que se agota en la proyección de la impotencia sobre el sistema: alguien o algo tiene que ser culpable de todo lo que está ocurriendo tan rápida e inesperadamente; es habitual oír que *no se puede hacer más pues el sistema imposibilita hacer algo más comprometido; las cosas son así*. Hoy, más que nunca, estas frases tan coloquiales han adquirido una carta de legitimidad tal que nadie las pone en cuestión. Y es que el alejamiento de los órganos políticos de decisión produce una gran impotencia a los ciudadanos, convirtiéndolos en espectadores y viéndose “obligados” a ejercer su acción política cada cuatro años en las elecciones. Es así como los trabajadores sociales, se sienten también impotentes para llevar a cabo acciones, denuncias, trabajos en grupo o escritos que hagan notar la presencia de unos profesionales comprometidos ética y políticamente con los resultados del ascenso del neoliberalismo.

Los trabajadores sociales han estado siempre preocupados por el objeto (desde los años cincuenta en Norteamérica y más tarde en otros países del Sur, preocupación que llega a España en los noventa); por la planificación de la política social y el protagonismo del trabajo social en la misma (años sesenta y setenta del movimiento de la reconceptualización); por

¹ Usamos el verbo estar en contraposición al de tener en el sentido que lo da Ortega y Gasset para distinguir ideas de creencias: las ideas se *tienen*, en las creencias se *está*.

los métodos (años setenta y ochenta en Norteamérica y Sudamérica, así como en España). Mas en la década de los noventa estas preocupaciones se han ido diluyendo a medida que el reconocimiento de la profesión se iba consolidando. Hoy no importa demasiado el rigor metodológico, ni la planificación política; importa lo instrumental, la gestión de los recursos ha absorbido el quehacer profesional. Estamos prisioneros de permanecer en el puesto de trabajo, de las subvenciones para continuar los programas; en fin, la burocracia, la gestión y el clientelismo han venido, parece que para quedarse. Basta con gestionar más o menos bien lo que se nos pide.

Tampoco importa establecer un diálogo con la realidad para aumentar el conocimiento de la misma con el fin de nutrir la teoría. Es frecuente que los trabajadores sociales realicen sus informes mediante la descripción fragmentaria de las variables que componen el mundo social. La falta de categorías analíticas articuladas entre sí para analizar la realidad y elaborar hipótesis consistentes que guíen la intervención brilla por su ausencia. Es así como una intervención que solo se sostiene en la práctica dificulta la posibilidad de definir las direcciones de la acción. Nos encontramos ante un problema grave de formación en las escuelas. Estas han tomado el camino más simplificado para capacitar a unos jóvenes que han de terminar sus estudios con un número determinado de competencias. Faltan espacio de diálogo y reflexión que se propongan aumentar el saber sobre los campos de los que nos ocupamos con el fin de lograr ciertos niveles de transformación social. Bolonia ¡como no! ha contribuido a ello. En este sentido, nos preocupa también la falta de conocimiento sobre el poder y las relaciones internacionales en un mundo globalizado cada vez más desigual. Nuestra formación para lograr esas, ciertas, decíamos, transformaciones sociales es muy incompleta e insuficiente y, por lo demás, descansa sobre conocimientos fragmentarios.

La siguiente cita abunda en esta importante cuestión: “La preocupación tradicional del trabajo social respecto de la desigualdad en el ingreso y la riqueza como también de las opresiones étnicas, de género y culturales, necesita ser ampliada por un entendimiento de cómo las relaciones globales de poder operan y afectan las condiciones sociales con que los trabajadores sociales primariamente intervienen” (Midgley, J. 2008, p. 14). Es éste un tipo de conocimiento que está reclamando a voces que se ofrezca en los estudios de trabajo social, toda vez que la deriva hacia las intervenciones parciales -individuales y familiares- ha copado la formación. El silencio sobre los factores estructurales que producen y reproducen la inequi-

dad, la pobreza y la exclusión social es alarmante. En este punto, de nuevo hemos de referirnos a la falta de pensamiento crítico global entre los intelectuales.

Según todo esto, no podemos menos de afirmar que el trabajo social no puede estar ajeno a la política. La política le concierne, tanto en la comprensión de la dimensión estructural de las desigualdades sociales, como en las decisiones que ha de tomar en muchos de los planes que ejecuta. Y en este punto queremos ampliar el concepto de política para que podamos sentirnos de verdad comprometidos en la cuestión pública. Pero lo que aquí nos interesa sobremanera es transmitir a las jóvenes generaciones que cuando hablamos de política no hacemos más que referirnos a distintos niveles de decisión, pero no necesariamente al más alto, a aquél en el que se toman las directrices generales de un país en periodos determinados. En un nivel microscópico (micro-objetivo y micro-subjetivo)² nos referimos concretamente al compromiso como ciudadanos en el cuidado de la polis. Es ese el quehacer político que queremos destacar: el que está relacionarlo con la ética porque la política es ética y viceversa., Se trata, pues, de la ética-política.

Y ¿a qué clase de ética nos referimos? Paul Ricoeur define la ética “en tres términos: *tender a la vida buena, con y para los otros en instituciones justas*”. Es evidente que la aspiración a la vida buena contiene un deseo porque la ética tiene siempre una pretensión de valor, el de vivir bien. El vivir bien, sugiere Ricoeur, es hablar de *cuidado*. Se trata de aprender a cuidarse uno a sí mismo, aprender de la misma forma a cuidar a los otros y a las instituciones (2005, p. 242). Este es un magnífico programa que coincide específicamente con el del trabajo social definido en su momento por Mary Richmond: el trabajo social se propone lograr la reforma del individuo y su medio y la reforma de las instituciones.

Debería ser innecesario seguir insistiendo hoy en que el trabajo social es un proyecto teórico-práctico esencialmente ético-político, pero queremos abundar un poco más en ello para persuadir a las jóvenes generaciones de la necesidad de incorporar a su pensamiento estas premisas completando estos argumentos con Foucault. Para el filósofo francés, el cuidado de uno mismo y el de los otros es el proyecto ético por excelencia, porque en el cuidado de

² Ritzer defiende la idea de un paradigma sociológico integrado como aquel que analiza la sociedad desde una perspectiva macroscópica y microscópica que suponen un *continuum* que se basa “en la idea simple de que los fenómenos sociales varían enormemente en magnitud”. Existe un segundo *continuum* compuesto por las dimensiones objetiva y subjetiva, de tal forma que este *continuum* está compuesto por cuatro vectores: macro-objetivo, macro-subjetivo, micro-objetivo, micro-subjetivo.

uno mismo el sujeto encuentra en el bienestar de la Ciudad su recompensa y su garantía (1994, p. 66).

Una invitación para hacer ética-política en estos tiempos en el nivel más inmediato en el que trabajan la mayoría de los trabajadores sociales, es dejarse estimular por Foucault quien propone que nos acerquemos a los problemas políticos en términos de “verdad/poder”, tarea y compromiso del “intelectual específico”, de aquél que lucha con una conciencia concreta, e inmediata, en los lugares donde le sitúan su trabajo, o sus condiciones de vida. Es, se podría decir, un proyecto no tan difícil, ¿por qué no dejarse seducir por él? Pero esta invitación no está exenta de la interpelación hacia uno mismo. Se trata de un ejercicio que nos exige tener una mirada atenta y constante sobre uno mismo, mirada auto reflexiva, de autocrítica, mirada que pone la atención en liberarse de ataduras, convencionalismos y autoengaños. Sólo así podremos desarrollar nuestro poder como disciplina, apoderarnos y, por tanto, acompañar a los grupos vulnerables en su proceso de empoderamiento.

2. Razones para un ejercicio del poder consciente y responsable en trabajo social

La revisión histórica y el análisis de los antecedentes suele convertirse en uno de los elementos de todo discurso mínimamente riguroso. Y en este sentido podemos afirmar que la dimensión política del trabajo social ha sido siempre una preocupación y un aspecto constituyente de la identidad profesional, ya sea representada por la perspectiva funcional de las primeras profesionales anglosajonas o desarrollada en las reflexiones del movimiento de la reconceptualización latino-americana.

Para Mary Richmond, por ejemplo, la democracia no es una forma de gobierno sino un hábito cotidiano, y la sociedad mejor ordenada es aquella que ayuda a desarrollar mejor la personalidad de sus miembros. Por eso, el servicio social ha de contribuir a desarrollar la personalidad de los individuos, dando impulso libre a sus energías y a su iniciativa, a fin de que “adquieran necesidades más elevadas y relaciones sociales más sanas”. Pero como el conjunto del servicio social es mayor que cualquiera de sus partes, “el servicio social colectivo” ha de actuar en las reformas sociales “en conjunto”, no individuo por individuo sino tratando de mejorar “la situación de las masas por la propaganda y la legislación social” (1982, pp. 166-173). He aquí su concepción sobre el camino para reformar la sociedad pues la influencia teó-

rica de nuestra precursora fue la de la escuela filosófica del pragmatismo americano que ponía el acento en la reforma social, la armonía de la sociedad, la adaptación consciente y comprensiva del individuo a su situación.

Muy diferente es la posición política de la perspectiva latinoamericana. Esta manifestaba una pretensión revolucionaria que, en ocasiones, confundía profesión con militancia. Fue, sin duda, un producto de su época. La mirada política atestiguaba una crítica y profunda reflexión sobre los condicionantes estructurales que dominaban a los sujetos. Así, “el objetivo (del trabajo social) era lograr que el sujeto hiciera una crítica reflexiva para transformar las estructuras sociales, y conseguir así su emancipación (...), puesto que no es posible salir del subdesarrollo y la dependencia sin plantear cambios radicales en la sociedad” (Zamanillo, 1991, p. 43). Nos encontramos ante dos posiciones políticas opuestas: reforma o transformación estructural de las condiciones de opresión. En términos políticos no hay nada nuevo; se trata de los dos caminos que a lo largo de la historia han sido siempre planteados como opuestos: reforma o revolución.

Estos elementos políticos también lo encontramos en la actualidad en el discurso de los acuerdos internacionales del Trabajo Social. Es en la última definición de la profesión, en el marco de la Federación Internacional de Trabajadores Sociales³, donde se acuerda que *el trabajo social promueve el cambio social, la resolución de problemas en las relaciones humanas y el fortalecimiento y la liberación de las personas para incrementar el bienestar. Mediante la utilización de teorías sobre comportamiento humano y los sistemas sociales, el trabajo social interviene en los puntos en los que las personas interactúan con su entorno*. En este punto, no obstante, no podemos eludir detenernos para llamar la atención sobre la misión omnipotente de la que se ha hecho siempre eco el trabajo social en su afán por definirse⁴. De nuevo se proclaman grandes servicios: *la liberación de las personas para incrementar el bienestar*. Son bastantes las preguntas que se cuelgan en el aire. Solo dos en este momento, pues no se trata de profundizar más en estas páginas sobre tan importante cuestión: la frustración y la impotencia de los trabajadores sociales ¿no tendrá una de sus muchas causas en sus magní-

³ www.ifsw.org

⁴ La obsesión por definir qué es el trabajo social es una de las características que diferencian la disciplina de otras que se encuentran más reconocidas en la comunidad científica. Algo similar sucede con la psicología social.

ficos propósitos? Pero, acaso también, los problemas de identidad que tan frecuentemente aquejan a las y los trabajadores sociales ¿no tendrán sus cimientos en estos fines tan vastos?

Y del marco y consenso internacional pasamos al contexto español y a las representaciones que existen en el imaginario profesional a partir de una pregunta realizada en una investigación sobre la ética y la política en el trabajo social recientemente llevada a cabo por algunos profesores en el Departamento de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. Preguntamos a los profesionales sobre los fines del trabajo social, es decir, sobre su dimensión teleológica (su *telos*, su horizonte, su sentido), aquello que legitima la existencia del trabajo social y le concede un estatus en la sociedad. Los valores que afloraron a bote pronto y con naturalidad eran aquellos que hacían referencia a la atención, la protección, el bienestar y el desarrollo del individuo (autodeterminación, autonomía, libertad individual, etcétera); el discurso manifestaba la preocupación y el interés por el individuo, pero éste sin conexión con el entorno social, sin referencias a grupos, instituciones o comunidades; en definitiva, sin referencias a la dimensión política. Esto advierte de un cambio en la mirada profesional, de una mimetización con la sociedad individualizada que nos rodea e influye, de una masa social que privilegia la hegemonía del individuo en detrimento de los aspectos relacionales, estructurales y globales para el análisis e intervención de la realidad.

Como ya señalábamos al principio, esta situación de olvido o escudo en lo individual, puede ser una consecuencia o reacción a la desconfianza y el desencanto que produce vivir en esta sociedad impredecible y sustentada en la ambigüedad de los valores que la representan. Ahora bien, el desencanto puede derivar en: 1. Asunción pasiva de la situación o; 2. Respuesta a ese entorno que produce desencanto. Elegir esta segunda opción, a diferencia de la primera, implica todo un proceso que no permite atajos. Para la respuesta a un entorno “hostil”, invitamos a realizar un ejercicio previo a la acción: la toma de conciencia, no solo de la situación en la que se desarrolla sino del lugar que se ocupa respecto a ella, y el poder (la capacidad de acción) con el que se cuenta para responder. En cambio, si el desencanto nos atrapa, nos sumerge y paraliza, si elegimos la primera opción, quizás haya llegado el tiempo de reelaborar y modificar aquellos fines que han formado hasta ahora parte constituyente de nuestra identidad profesional y que legitimaban nuestra existencia ante la sociedad.

Nuestra propuesta, motivo de este artículo, es la de responder, recuperar y actualizar la dimensión política como elemento identitario y modo de ejercer la profesión en la posmodernidad. Es una invitación a repensar y reconocer las capacidades profesionales y las posibilidades de la profesión hoy, esto es, el poder que el trabajo social puede ejercer en su interacción con la sociedad. Pensar en términos de poder, en lo individual y lo colectivo, es pensar en una intervención social responsable y en sintonía con el encargo social de acompañar a aquellos que experimentan una situación de vulnerabilidad.

Construir un pensamiento o idea sobre el poder implica comenzar a preguntarse sobre: qué es, quién lo ejerce, dónde se ejerce, cómo se ejerce, hasta dónde se puede ejercer, etcétera. Y antes de sumergirse en tan ardua tarea, precisamos desechar todas aquellas prenociones que no responden o desvirtúan el término, convirtiéndolo en algo perverso que nadie quiere ejercer, así como instalar momentáneamente bajo sospecha esos otros términos con los cuales lo solemos relacionar. Así mismo, incorporar este término se traduce en reconocer que el poder existe en una profesión como la nuestra, en las instituciones en las que trabajamos, en la relación con los usuarios y compañeros de equipo, etcétera. De no ser así estaríamos negando -de forma consciente o no- la realidad y, como hemos dicho antes, esta negación o despiste puede volverse un acto profesional irresponsable.

¿Qué es el poder? Para definir el poder acudiremos a las indicaciones que propone Foucault, a modo de “bosquejo teórico” -nunca como teoría irrefutable dice él- en su análisis sobre los mecanismos del poder. “En todo lugar donde hay poder, el poder se ejerce. Nadie, hablando con propiedad, es su titular y, sin embargo, se ejerce en determinada dirección, con unos a un lado y los otros en el otro: no sabemos quién lo tiene exactamente, pero sabemos quién no lo tiene” (Foucault 19881, p. 15). El poder no es algo que pueda poseerse, el poder no es una sustancia sino que surge en el ejercicio relacional, el poder existe en el movimiento, es un juego de estrategias en la relación. El poder, según el autor, tiene que ver con la filosofía y ésta entendida como “política de la verdad”, y como tal ha de dar cuenta de las transformaciones y enfrentamientos que trae consigo su ejercicio (Foucault, 2006). En relación a esto, Daniel Ininerarity habla de la “política del saber” como aquello a lo que toda sociedad que se dice democrática ha de tender, puesto que “no está sólo hecha de decisiones legítimas sino también de saber adecuado” (2009, p. 13).

Y teniendo estos asertos presentes: “¿Por qué se ha descifrado tan frecuentemente el poder en los términos puramente tan negativos de la ley de prohibición? ¿Por qué la reflexión sobre el poder se hace inmediatamente como sistema de derecho? Puede decirse sin duda que, en las sociedades occidentales, el derecho siempre ha servido de máscara al poder” (1981, pp. 80-81). El poder, sugiere al respecto Foucault, es “coextensivo al cuerpo social” y proporciona también en su ejercicio espacios de libertad; “no obedece a la forma única de lo prohibido y el castigo, sino que tiene formas múltiples”. Así, la relación de dominación no tiene que tener un sólo formato y manifestarse en un espacio de coacción, sino que presenta formas muy diversas y quizás nazca del acuerdo e integración de las partes; las resistencias pertenecen a este juego de relaciones (1981, pp. 82-83).

Llegados a este punto de la disertación sobre el poder, se torna preciso introducir el elemento con el que queremos establecer una relación de diálogo: “el trabajo social”. Para ello nos servimos de los cuatro escenarios presentados por Xavier Pelegrí donde acontece esta experiencia relacional entre el poder y el trabajo social. Los dos primeros escenarios aluden a las posiciones desde las que se relacionan el profesional y las personas en situación de vulnerabilidad: 1. “La vivencia de los clientes” y 2. “La relación de ayuda”. Si nombramos a estos “clientes” como personas en situación de vulnerabilidad es para indicar desde el principio una desigualdad de poder en la relación, y expresamos así que la posición desde la que parte el “cliente” es asimétrica y de desventaja. Asimismo, cuando Pelegrí propone “la relación de ayuda” como segundo escenario, ésta refiere al profesional. En consecuencia, el profesional está en la posición del saber respecto al “cliente”, “está revestido de poder”. Avanzamos para encontrar esos otros escenarios cuyos elementos refieren al espacio donde se desarrolla la tarea: 3. “La estructura organizativa y 4. “El aparato político”. La primera describe la posición del profesional en la organización donde lleva a cabo su encargo social, posición que a su vez deriva en otros muchos tipos de relaciones de poder dependiendo del lugar desde el cual lo observemos. No es lo mismo pensar en el profesional como persona asalariada o pensar en el lugar de responsabilidad que ocupa en la estructura organizacional, u observarlo en una relación de complementariedad profesional o de subordinación. De esta misma forma, se multiplican los factores que inciden en estas relaciones de poder si ascendemos un poco más y miramos ese cuarto escenario llamado “el aparato político”. Pensar en la política social, como concreción de ese aparato político, es considerar su capacidad de influir en el resto de esce-

narios. Y aunque a veces nos perdamos en las ambigüedades que procura un nivel tan alto en la estructura, no podemos olvidarnos que forma parte del juego de relaciones de poder en el trabajo social (2004, pp. 26-27). La importancia de considerar estas y otras cuestiones de tipo estructural las abordaremos en el siguiente argumento.

3. Globalización, ciudadanía activa y profesión

Que la globalización y la ideología del liberalismo económico van de la mano es un hecho que nadie discute; que se trata de una fase del capitalismo, tampoco se discute; y que nos encontramos en un momento político y económico muy confuso no es menester sostenerlo con datos empíricos. Pero para sustentar estos asertos despegamos a continuación frases, citas y títulos de apartados tomados del libro de Patrick Artus y Marie-Paule Virard, editado por Le Monde diplomatique, *Globalización: aún queda lo peor*. En él se pueden leer frases como: “El fin de la mundialización feliz ha llegado” (...) “la globalización entra en una nueva era caracterizada por la inestabilidad, por desórdenes y temores de todo tipo...” Y todo esto, podemos afirmar nosotras, es la mínima parte de lo que ya estamos viviendo. Es la gran desigualdad la que está en juego y, por ello, no podemos dejarlo todo en las manos de los gobernantes. Es aquí donde la responsabilidad política de los profesionales, en general, adquiere una gran importancia. Porque una ciudadanía libre y responsable es aquella que se dispone, decíamos, a cuidar la polis, y eso nos compete a todas y a todos. Pero... ¿cómo hacerlo hoy, cuando los ideales de transformación social están embarrancados? ¿Cómo ser en la actualidad “rebelde con causa”? se pregunta Igor Sádaba, profesor de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid, ¿Cómo rescatar el compromiso ético de un cambio, la lucha contra la infamia o el intento de nivelar las desigualdades sociales? sigue preguntándose. Y... ¿cómo hacer visible hoy la cuestión social?

Muchos profesionales-intelectuales⁵ comprometidos con la disciplina que les alimenta, visibilizan sus conocimientos, lo cual, desde la perspectiva que estamos siguiendo en nuestros argumentos, es hacer política. La pregunta que adelantamos es ¿por qué no lo hacemos

⁵ Ser intelectual para Merton es la cualidad de aquellos que “son especialistas en el campo de los conocimientos sociales, económicos y políticos”. O dicho en otras palabras suyas: “Consideramos intelectuales a las personas en la medida en la que se dedican a cultivar y formular conocimientos” (1992, p. 289). Distingue a los profesores, ingenieros, abogados, etc. entre otros, pero señala que intelectuales son los que reflexionan sobre su campo, no los que sólo ejecutan las directrices de otros.

los trabajadores sociales? ¿por qué no hacemos visible la pobreza? Para sostener la afirmación de que otros lo hacen, hemos traído a estas páginas a un joven sociólogo, Igor Sádaba, y vamos a invitar a un anciano economista y gran novelista español, José Luis Sampedro, en su libro sobre la globalización. Para él la cuestión sobre la globalización es decisiva y exige tomar conciencia. Y es que existen dos tesis que circulan por igual entre la opinión pública y se contraponen con lógicas tan dispares que producen en el imaginario social “verdades”, ambas “evidentes”.

“La tesis sostenida por el Foro Económico de Nueva York es: a) La globalización es la única vía para acabar con la pobreza; b) La globalización es inevitable porque es consecuencia del progreso técnico. Y la tesis sostenida por el Foro Social de Porto Alegre: a) Cuanto más crece esta globalización más ganan los ricos y peor están los pobres; b) Bastaría orientar el progreso técnico hacia el interés social pensando en todos para organizar otra globalización y otro mundo mejor, que es posible.”

José Luis Sampedro demuestra con numerosos datos de diversas fuentes la tesis siguiente: la globalización es una “constelación de centros de poder económico y fines lucrativos, unidos por intereses paralelos, cuyas decisiones gobiernan los mercados mundiales, especialmente los financieros, usando para ello la más avanzada tecnología y aprovechando la ausencia o debilidad de medidas reguladoras y de controles públicos”, cuyo resultado es “la creciente concentración planetaria de las riquezas y del poder económico”. Pero con el fin de dotar de prestigio a la globalización se nos la presenta como si fuera “una estructura social muy moderna y sin precedente, alcanzada como uno de los frutos del progreso” (2002, pp. 65-67). Sampedro termina su magnífico libro argumentando que otro mundo es posible y, además, más seguro. Un mundo para todos, porque es de todos, dice. Y otro mundo es posible si todas las profesiones nos aliamos para hacerlo real, porque la globalización no puede seguir siendo para los que manipulan los mercados y las finanzas mundiales. Se trata de sumar nuestros esfuerzos a los políticos para globalizar la sanidad, la justicia, los servicios sociales, la educación, etcétera.

Y para terminar con estos argumentos, no podemos dejar de lado la advertencia del gran filósofo social, premio Príncipe de Asturias y recientemente fallecido, Dahrendorf. Sus palabras sobre la desigualdad son así de tajantes: “los principios de una política de la libertad

son muy sencillos: la desigualdad sólo puede tolerarse, sólo puede ser considerada como un factor que contribuye al aumento de oportunidades, si está garantizado un nivel básico para todos y si nadie está en condiciones de utilizar su riqueza para privar a los demás de la oportunidad de participar en la vida de la sociedad” (2005, pp. 105-106). Para él la libertad, el orden y la cohesión son los elementos necesarios en una sociedad que ha de desarrollarse para prevenir la amenaza que se observa en la democracia. Sin embargo, ésta solamente puede ser construida con la “existencia de una ciudadanía vigilante y activa” (op. cit. pp. 132-134).

4. Hacia un trabajo social más global

Pero, ¿cómo poder ejercer la labor de ciudadanos activos en este mundo tan individualizado? Y, ¿cómo poder redefinir el espacio de un trabajo social que desarrolla su acción mayoritariamente en el ámbito individual y familiar? Por una parte pensamos que el énfasis en el trabajo social individual-familiar no puede ir en detrimento o sustitución del trabajo social comunitario. Y es que la dimensión grupal y comunitaria podría atestiguar que está cayendo en el baúl de los recuerdos. En la formación universitaria de postgrado en el Máster de intervención comunitaria de la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid se está llevando a cabo una labor de investigación muy ardua para conocer experiencias de intervención comunitaria que puedan servirnos de referentes empíricos y estímulo docente a los que trabajamos en el aula.

Necesario es señalar en este artículo que partimos de siguiente supuesto: el trabajo comunitario es lo más genuinamente político de todas las dimensiones que ha abordado el trabajo social a lo largo de su historia. De ahí la propuesta de ciudadanía activa y profesión. El trabajo social comunitario puede contribuir a neutralizar los efectos nocivos del neoliberalismo, con su correspondiente conducta social de individualismo. Y, asimismo puede complementarse con una intervención fundamentalmente individual y familiar. Hacemos esta propuesta porque la correspondencia entre el neoliberalismo y una casi exclusiva intervención individual y familiar sostienen y aumentan la atomización y la fragmentación de la sociedad.

Mas no pretendemos con esta postura sustentar que el trabajo social comunitario vaya a transformar las situaciones de pobreza y desigualdad. Solo queremos destacar que sí tiene

un papel que cumplir, porque algunos de los problemas que se plantean en una sociedad crecientemente individualizada pueden ser tratados por medio del aumento del poder de la población que sufre los daños de su situación de vulnerabilidad. Planteamos que es necesario problematizar no solamente la actuación política, sino además la de aquellos otros que tienen la capacidad de dirigir la vida de las personas, esto es, cuestionar también a los técnicos. Por tanto, una ciudadanía activa y vigilante exige personas y profesionales comprometidas/os con su entorno más inmediato para hacer un ejercicio de crítica activa que frene cualquier mal uso o abuso de poder. Esta es la propuesta de un trabajo social comunitario con una mirada ético-política.

Y para sostener más expresivamente este argumento traemos a colación la intervención social en un micro escenario en el que se facilita la distribución de poder. Se trata de un ejemplo recientemente expuesto en una conferencia (13 de octubre de 2010) dada en la Universidad Complutense de Madrid por una profesora quebequense, Lourdes Rodríguez de la Universidad de Montreal. Al hilo del planteamiento que hemos hecho sobre el poder nos hemos preguntado: ¿Cómo lograr que las personas que no tienen poder sobre sí mismos, en este caso los enfermos mentales, puedan lograrlo, al menos sobre los efectos de la medicación en su cuerpo y en sus vidas? Un profesional que se pregunta éstas y otras cosas sobre el terreno que pisa es un profesional reflexivo. Esto es lo que hizo un grupo de profesionales diversos de salud mental en Montreal, después de escuchar atentamente las informaciones individuales que recibían de los enfermos sobre las palpitaciones, los temblores, la excesiva quietud de sus cuerpos, la dificultad de parar el delirio, etcétera. La duda, fiel aliada en cualquier proceso de reflexión, les atrapó. Tenían que decidir algo y fueron imaginativos. De esta forma surgió un proyecto comunitario que consistió en crear una comisión de los diversos profesionales implicados en la salud mental y los propios enfermos. En ese espacio, los usuarios informaban de las dificultades que tenían con la medicación y así se pudo reformular la misma.

Traemos este ejemplo para exponer las formas de nivelar el poder cuando realmente se quiere, extendiéndolo a los muchos actores involucrados en el problema. Y también las formas de ejercer la profesión de una manera vigilante y activa, con autocrítica. Es así como, no solo se regula el poder de las personas (el de los usuarios aumenta y el de profesionales disminuye), sino que un problema individual pasa a ser solucionado comunitariamente. Y un

añadido más: nos encontramos ante una solución creativa que vincula a las personas en un mundo profundamente individualista. Una solución a la anomia que supone la desvinculación de los enfermos mentales, una solución integradora. Dicho sea de paso, la voz de alarma de las dificultades que tenían los participantes en el programa la dio una trabajadora social.

Y para cerrar este trabajo solamente queremos preguntar: ¿qué función ha de cumplir un trabajo social crítico en este escenario? Cuando hablamos de crítica no podemos olvidar a la escuela de Frankfurt cuyas sombras, afortunadamente, extienden todavía su influencia en la postmodernidad. Y en el tema y contexto que estamos tratando hemos de retornar a Adorno y dejarnos envolver por su concepto de la emancipación. Se trata de un concepto fundamental en trabajo social toda vez que, desde una perspectiva funcionalista anglosajona, nos encontramos con el respeto a la libertad del individuo, que sostiene el concepto de autodeterminación, tan nuclear entre los principios de trabajo social desde sus orígenes. Autodeterminación, autonomía, libertad, dignidad humana, conceptos fundamentales del trabajo social, no tienen sentido hoy si no se une a ellos el concepto de emancipación o liberación de las condiciones de opresión de los grupos dominados. Este es reto un pendiente del trabajo social.

Y, hablando de retos, no podemos terminar este artículo sin nombrar a Pablo Netto, representante destacado de la escuela crítica de trabajo social. Para él, el desafío actual de la profesión, “no se encuentra en el ámbito de técnicas o procedimientos interventivos, sino en el de la comprensión del significado social de su intervención, y este significado sólo es inteligible si se dilucidan las condiciones en que las relaciones sociales se procesan (es decir, se producen y se reproducen) en la sociedad contemporánea” (2008, p.43).

Referencias bibliográficas

- AAVV (2011). *Ética, teoría y técnica. La responsabilidad política del trabajo social*. En prensa.
- Adorno, T. (1998). *Educación para la emancipación*. Morata, Madrid.
- Artus, P., Virard, M.P. (2009). *Globalización: aún falta lo peor*. Ed. Capital intelectual. Buenos Aires.

- Cortina, A. (2008). Ética pública desde una perspectiva dialógica. En *Revista Trabajo Social de Chile*, 74, 63-70.
- Dahrendorf, R. (2005). *En busca de un nuevo orden. Una propuesta para la libertad en el siglo XXI*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1981). *Un diálogo sobre el poder*. Madrid: Alianza Materiales.
- Foucault, M. (1994). *Hermenéutica del sujeto*. Madrid: Ed. La Piqueta.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Madrid: Alianza Materiales.
- García Giráldez, T. (2003). La política social: en defensa de los derechos de ciudadanía En *Trabajo Social Hoy*. Monográfico sobre política social. Colegio Oficial de Trabajadores Sociales de Madrid, 11-28
- Innerarity, D. (2009). El diálogo entre saber y poder. En *Claves de la razón práctica*, 209, 12-18.
- Merton, R. (1992). *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Midgley, J. (2008). Desigualdad global, poder y el mundo unipolar: implicancias para la educación en Trabajo Social. En *Revista Trabajo Social de Chile*, 74, 13-18.
- Netto, P. (2008). El orden social contemporáneo como desafío central. En *Revista de Trabajo Social de Chile*, 74, 31-46.
- Pelegrí, X. (2004). El poder en el trabajo social: Una aproximación desde Foucault. En *Cuadernos de Trabajo Social*, 17, 21-43.
- Ricoeur, P. (2005). Ética y moral. En *Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX*. Madrid: Alianza Editorial.
- Richmond, M. (1982). *Caso social individual*. Buenos Aires: Ed. Humanitas.
- Rimbert, P. (2011). El pensamiento crítico en el espacio universitario. En *Le Monde Diplomatique*, 184 (febrero), 22-23.
- Ritzer, G. (1995). *Teoría sociológica clásica*. Madrid: McGraw-Hill,
- Sampedro, J. L. (2002). *El mercado y la globalización*. Barcelona: Ed. Destino.
- Sarasa, S. (1993). *El servicio de lo social*. Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales.

Sennet, R. (2000). *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Colección Argumentos.

Zamanillo, T. (2008). *Trabajo social con grupos y pedagogía ciudadana*. Madrid: Síntesis.

Zamanillo, T. Rodríguez, A. y Nogués, L. (2003). Entre el trabajo social y la política social. En *Trabajo Social Hoy*. Monográfico sobre política social. Colegio Oficial de Trabajadores Sociales de Madrid, 29-50

Zamanillo, T., Gaitán, L. (1991). *Para comprender el trabajo social*. Navarra: Verbo divino.

Zárraga de, J. L. (2011). Voto e ideología. En *Público*, Año III-1241, 5

Teresa Zamanillo Peral, es diplomada en Trabajo Social, licenciada en Ciencias Políticas y doctora en Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es Catedrática Emérita de la Escuela Universitaria de Trabajo Social de la Universidad Complutense de Madrid. Líneas de investigación: Intervención social con grupos y comunidades y ética de la intervención social.

Dirección postal: Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales. Escuela Universitaria de Trabajo Social, Despacho 2107, Campus Somosaguas s/n, Pozuelo de Alarcón. Madrid.

Correo electrónico: mariater@trs.ucm.es

Maribel Martín Estalayo, es diplomada en Trabajo Social por la Universidad Pública de Navarra y Máster Oficial en Trabajo Social Comunitario, Gestión y Evaluación de Servicios Sociales por la Universidad Complutense de Madrid. Actualmente es investigadora en formación en el Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales de la Universidad Complutense y realiza la tesis doctoral sobre la identidad en trabajo social.

Dirección postal: Departamento de Trabajo Social y Servicios Sociales. Escuela Universitaria de Trabajo Social, Despacho 2107, Campus Somosaguas s/n, Pozuelo de Alarcón. Madrid.

Correo electrónico: mmestalayo@trs.ucm.es
